

raba corregirles sus defectos, acomodando lo mejor que me era posible á la naturaleza los particulares tonillos con que la echaban á perder los recitantes. Quería que las acciones fuesen correspondientes á las palabras, y que tanto unas como otras expresasen bien las pasiones de que se suponían poseídos. En fin no perdoné diligencia alguna de mi parte, para que mereciese la general aprobacion hasta el mas zambo de los comediantes. Lució bien mi trabajo, como se vió en la primera representacion. No se oía otra cosa, que continuas alegrísimas palmas, acompañadas de repetidos y aun interminables *vivas*, siempre que salía al teatro algun nuevo personaje, como tambien quando se terminaba alguna escena; por lo que quedáron muy contentos de lo que yo les habia enseñado; y yo quedé mucho mas satisfecho que ellos, no tanto por la vanidad de ser reconocido por autor de su reforma, como por el interés del aumento que con este motivo añadieron á mi pensión.

CA-

CAPITULO XIV.

Costumbres de los Comediantes de México, y matrimonio de Fabricio con una Comedianta de la misma tropa. De un Charlatán famoso en aquella Capital, y con que ocasion ó motivo se halló el Poeta de Asturias en la gruta del Anacoreta del Canadá.

Mientras tanto (prosiguió Fabricio) con motivo de estar continuamente tratando con aquella casta de gentes, insensiblemente fui tomando el gusto á las irregularidades y desordenes de su género de vida, y me parecia que era una envidiable libertad, y digna del siglo de oro la que ellos se tomaban, para abandonarse sin el menor reparo á todo genero de disoluciones. Observé que, sin hacer el mas mínimo misterio, los maridos eran los rufianes de sus propias mugeres, que ellos mismos las llevaban á casa los galanes y los petimetres, dexandolos á solas con ellas, quando creían que pagarian bien las complacencias, que les dispensasen. Lo mismo hacian la madres con las hijas, teniendose por una grosería y rusticidad imperdonable, sino dexaban

TOMO V.

T

ban

ban á los atrevidos gavilanes en toda libertad para domesticarse y familiarizarse con las inocentes palomas. Mi hija, decia una, bien puede estar rodeada de los mas intrepidos, y mas fogosos amantes, se mantendrá mas firme que una roca, burlandose de todas sus amorosas baterías, y de todas sus lascivas sollicitaciones. Sabrá hacer burla de todos, y tenerlos á todos engañados, sin conceder á ninguno el mas mínimo favor. A los mas apasionados los entretiene con esperanzas, que nunca llegan á ser posesion: á los mas atrevidos con promesas, que al cabo los contentará, con tal que moderen un poco su genial temeridad. De esta manera logramos que de todas partes corra el dinero por nuestras casas, sin mancha de nuestro honor. Gran arte es, decia yo entre mí, la de hacer creer que es pura apariencia la que es efectiva realidad; y al contrario, saber embocar por realidad la que solo es una superficial apariencia. Entre las otras Comediantas estaba ésta que usted vé aqui presente. Habia yo puesto en ella los ojos, y ella no me miraba con aversion. La comodidad que teniamos de hablarnos con libertad, nos hizo entrar á los dos en un discurso bastante apasionado. Díxela un dia, que aunque estaba persuadido, á que parecia poco necesario á las mugeres de teatro, hacer grande aprecio de la verdadera honestidad, todavia no sabria yo sufrir, que una á quien de veras amase, se tomase ciertas libertades muy ajenas de la modestia y de las obligaciones de una muger. Soy del mismo

sentir, me respondió Angelica (este es su nombre) y alabo infinitamente ese christiano y juicioso modo de pensar. En tantos años como llevo de esta profesion, á ninguno de nuestros hombres he oido hablar de esa manera; y mas de una vez he tenido gana de casarme, pero nunca me atreví á hacerlo, porque hasta ahora no he encontrado hombre alguno entre nuestros Comediantes, que pensase con esa vuestra solidez, y honrada delicadeza. Me dan muy en rostro asi las licencias que se toman mis compañeras, como la infame condescendencia de sus maridos: me causan grandísimo horror las disoluciones que veo cometer con la capa, y á la sombra del santo matrimonio. La mayor parte de nosotras solo se casa por poder dar á luz hijos, sin miedo de la murmuracion, y pudiera citaros mas de un exemplo, si quisiera decir, que el hijo de Aurelia no lo es del que se llama su padre, sino del Señor Gomez de Argualto, y el de Liseta no tuvo otro padre que el Cocinero del Virrey. Poco á poco, bella Angelica, la interumpí, no nos empeñemos mas en una materia tan delicada. Basta, y aun sobra lo dicho. Ahora hablemos de nosotros: si me das palabra de serme fiel mientras te durare la vida, ninguna dificultad tendré en darte desde luego la mano. Acepto, me respondió ella prontamente, y desde este mismo punto te miro ya como mi muy amado esposo, á quien unicamente sacrificaré todos mis afectos mientras me durare el aliento. Con efecto hasta aquí me ha

mantenido rigurosamente su palabra mi querida Angelica, enemiga mortal de toda galantería: apenas acaba de representar el papel que la toca, inmediatamente se retira á un ángulo del teatro, donde pueda ser vista de todos, para librarse de los atrevimientos y sollicitaciones de los pisaverdes. No admite los villetes que la quieren entregar, y llega á tanto su virtud, que desprecia hasta los mas ricos y mas distinguidos regalos. Con un método como este, facilmente creerás, que no puede ser grande nuestra fortuna. Pero qué me importa á mí esto? si por otra parte logro la de tener una muger, que se puede llamar la Penelope de las Comediantas. Muchos años ha que vivo con ella en una perfecta harmonía, ni jamás he tenido el mas mínimo motivo para dudar de su fidelidad, sino en la ocasion que ahora te contaré, y aun en esa es un motivo tal, que bien considerado, redunda en su mayor gloria.

Vino de España á México un famoso Charlatán, hombre de una facundia tan particular, que encantaba con sus discursos á todos quantos concurrían á oírle. Jamás subía á su tablado, sin ver al rededor de sí un grandísimo numero de personas á las quales vendía por poco dinero gran cantidad de drogas inútiles, y de remedios impertinentes, quando no fuesen nocivos para todo género de males. Jactábase de ser gran Filosofo, perfecto Alquimista, y singular Zaorí para descubrir los tesoros escondidos en los mas profundos senos de la tierra.

Ofre-

Ofrecia enseñar oculta y reservadamente secretos infalibles para fabricar la piedra filosofál, con tal que se lo pagasen bien, protestando que esta condicion solamente la añadía, para tener con que suplir los inmensos gastos que eran indispensables para lograr la perfeccion de sus químicos experimentos. Se esparció luego por todo México la voz de lo mucho á que se obligaba aquel hombre universal, y la gente de poco entendimiento facilmente creyó que era verdad todo lo que él aseguraba serlo con el mayor descaro, franqueza y seguridad. Muchos deramaban profusamente su dinero para comprarse el disgusto de quedar al cabo burlados, y de que los demás se riesen de ellos, mientras el Charlatán les echaba siempre la culpa del mal efecto de sus químicas operaciones. ¿Por qué no echaste á su tiempo (les decia) en mi alambique aquella yerba? ¿Por qué no atendiste á minorar, ó aumentar el fuego como lo pedia el estado de la operacion, segun yo te lo tenia advertido? Por tu descuido me haces perder el tiempo, la paciencia y el honor: y así no quiero ya servirte. Tal vez un ingenioso juego de manos, con que aparentaba que el cobre, el bronce, ó algun otro metal se convertia en oro, quando le echaba en el hornillo, era bastante para mantenerle el credito, mientras salían hue-
ras tantas otras experiencias.

Por mi desgracia fuí uno de los tontos que mas le creyeron, porque me persuadió mi co-
di-

150 *Las Aventuras de Gil Blas.*
dicia, á que me podia hacer rico á poca costa, y con muchísima facilidad; y mi buena muger, que era aun mas crédula que yo, no me dexaba vivir, azuzandome continuamente para que fuese á verme con el Charlatán, y me ajustase con él. Con efecto, para poder hablarle con mas despacio, y mayor comodidad, aquella misma noche fui á su casa, donde le encontré cenando alegremente con sus compañeros, á costa de los mentecatos que habia engañado aquel día. Me recibió con una seriedad mas que filosófica, y habiendole significado el fin de mi visita; habia hecho firme resolucion (me respondió) de no comunicar á nadie, mientras me mantuviese en México, fuese quien fuese, los recónditos arcanos de mi ciencia; pero no obstante, por la particular estimacion que hago de usted (y jamás me habia visto) quiero dispensarme en este propósito, haciendole excepcion de la regla general. Además de eso tampoco quiero pedirle á usted tanto como he pedido á todos los demás; basta que mañana me entregue en un bolsillo no mas que cien doblones, y que por su parte coopere, yendo á los desiertos que yo le indicaré, á buscar ciertas yerbas, cuyas señales tambien se las describiré, las cuales son absolutamente necesarias para la química operacion que se debe elaborar, y puntualmente deben ser cogidas en la luna en que nos hallamos. Quando le oí hablarme de cien doblones con tanta franqueza y serenidad, me
que-

Lib. XIII. Cap. XVI. 151
quedé casi sin aliento. No obstante, para que no me despreciase, y salir de aquel apuro lo menos mal que pudiese, solamente le respondí que el dia siguiente nos veriamos, y levantando con esto la visita, me fuí derecho á contar todo lo sucedido á mi muger. Lamentabase esta pobre de no tener á la mano aquel dinero, que segun á ella la parecia nos habia de producir ciento por uno, y yo la acompañaba tambien en lamentarme de nuestra miseria. En este desconsuelo estabamos los dos, quando llamó á nuestra puerta un Mercader muy rico de Sevilla, que pocos dias antes habia trabado conmigo una estrecha amistad, y luego que nos vió, conoció que uno y otro estabamos turbados: ¿qué teneis amables esposos? nos preguntó: ¿qué desgracia os ha sucedido, y os tiene tan abatidos? Señor, le respondí, nuestra desgracia es de aquellas que apenas tienen remedio. Mañana muy temprano debemos pagar cien doblones, y no sabemos donde nos hemos de revolver para encontrarlos. ¿Y no mas que por cien doblones, replicó el Mercader, os affigís tanto? Toma Fabricio esta llave de mi cofre, y en él encontrarás una bolsa, donde hallarás justamente esa cantidad. Anda al instante, cógela, sirvete de ella, y vuelve á restituirme la llave, que aquí te estoy esperando. Me sorprendió la no esperada generosidad del Mercader; pero como tenía tan en el corazon la piedra filosofál, nada me detuve en aceptar el generoso regalo. Agar-
ré

ré la llave, y partí volando para traer á mi casa los cien doblones, sin advertir que no era la cosa mas segura, ni mas prudente dexar sola á mi muger con un hombre tan liberal. El tal Comerciante con efecto no tenia otro fin en deramar su dinero con tanta profusion, sino precisamente el de ganar el corazon de mi esposa con aquella bizarria. Asi, pues, mientras yo iba y venia, no tuvo poco que hacer mi fidelisima Angelica en valerse de todo su espíritu, y de toda su modestia para repeler las proposiciones que la hizo el falso amigo Sevillano. Este solamente me habia franqueado tan liberalmente su oro, para comprar con él mi infamia y la traicion de mi esposa, y quando la encontró tan poco dispuesta á condescender con sus alevosas demostraciones, es natural que estuviese ya muy arrepentido de haber andado tan bizarro, sin juicio y sin consideracion. No obstante procuró disimular conmigo su disgusto, pues ninguna novedad observé en él, quando volví con su dinero á mi casa, de la qual se partió el dichoso Mercader, esperanzado quizá en que con el tiempo expugnaria aquella fortaleza, que muy contra su expectacion habia encontrado en tan buen estado de defensa.

El dia siguiente sin perder tiempo fui á entregar mis cien doblones al Charlatán, y este me puso en las manos una especie de carta topográfica, en la qual se veían diseñados ciertos países desiertos del Canadá, en los cuales me dixo en-

encontraria la singularisima yerva, que era indispensablemente necesaria para la química operacion de la piedra filosofal. Al mismo tiempo me entregó tambien otro diseño de la misma yerva, estampada primorosamente, con su propia dimension, colores y figura; pero me hizo una advertencia por cierto muy singular. Esta portentosa yerva (me dixo) á todos se hace invisible, si no llevan consigo una muger casada, que haya conservado intacta la fé conyugal á su marido. ¡O! (exclamé yo entónces) siendo eso así, estoy tan seguro de encontrarla, que ya me parece tenerla entre las manos. Tengo una muger, que puede pasar por el modelo mismo de la honestidad, y no creo que haya otra igual en el mundo. Me alegro mucho, replicó el Charlatán; y el éxito de tu comision nos dirá si es tal, como á tí te parece. Despedíme de él, y volví derecho á mi casa, donde informé á Angélica de todo lo que habia pasado, como tambien de lo que debíamos hacer. Preguntéla, ¿si se atreveria á venir conmigo en busca de aquella maravillosa yerva, que se escondia á los ojos de todas las casadas infieles? Prometisima estoy, me respondió sin rastro de temor, ni de embarazo, á seguirte donde quiera que fueres y quisieres. Vamos, vamos quanto antes; y si para encontrar esa piedra de los Filósofos no es menester mas, que el que la busque una muger casada, que sea casta y recatada, nosotros, querido Fabricio, seremos los dos afortunados esposos que poseeremos ese importantisimo secreto. Par-

timos pues de México, sin dar parte de nuestro viage á ninguna alma viviente, y siguiendo el camino que señalaba la carta topográfica, ó el pequeño mapa que yo llevaba conmigo, y que á cada paso consultaba, despues de algunas jornadas comenzamos á entrar en los desiertos de que me habia hablado el Charlatán. Estos son, dixé entónces á mi esposa, los felicísimos campos Eliseos, que producen aquella milagrosa planta, que asegura á los maridos de la honestidad de sus mugeres, y sirve tambien para que logren una vida tan abundante de riquezas, como colmada de años. Animo pues, ¡ó fenix de las mugeres de nuestros tiempos! toma este diseño, confróntale con las yerveillas que vieres en estos verdes campos, y mira si algunas se parecen á la figura que el diseño representa; y diciendo esto, la entregué el diseño de la planta que tanto me habia ponderado el Charlatán. Tomóla Angélica, y comenzó á caminar muy poco á poco, mirando siempre á la tierra, y baxándose á ella de quando en quando, engañada de la semejanza, para coger la que tenia alguna con el vegetal deseado: lo que hacia con mano trémula, temiendo, como sucedió, que ninguna de las que habia arrancado era verdadero original de la copia que tenia en la mano. Anduvimos muchos dias por aquellos campos, derritiéndonos por el dia los ardientes rayos del sol, y expuestos por las noches á los peligrosos rocíos de aquel país, sin que se presentase á los ojos de Angélica la yerva tan deseada.

Y OMO Ya

Ya comenzaba yo á dudar, si era tan casta como me parecia, y si lo único que nos impedia el encontrar la suspirada planta, era algun descuido en su fidelidad. Preocupado de esta sospecha, quizá me hubiera precipitado en alguna cruel y bárbara resolución, si aquella misma mañana no hubiera encontrado, no muy lejos de aquí, á un pobre hombre, bañado todo en lágrimas, que estaba enterrando el casi ya corrompido cadáver de una infeliz muger. Al ver aquel espectáculo, me paré y pregunté al buen hombre, qual era el motivo que le hacia derramar tantas lágrimas. Quedé aturdidó quando le oí responder, que el Charlatán de México era el que le habia precipitado en un abismo de miserias. Y me contó que le habia dado á entender poco mas ó menos lo mismo que me habia dicho á mí; y que muy persuadido á que era verdad lo que le habia encaxado, se puso muy alegre en camino con su querida muger, y que como ésta no habia podido encontrar aquella quimérica yerva, él lo atribuyó unicamente á alguna deshonestidad de su inocentísima esposa, y arrebatado de un furioso primer movimiento, la habia cosido á puñaladas, dexando el cadáver sobre la tierra, á merced de las fieras y las aves. Añadió, que despues de esta cruel barbaridad se habia vuelto á México medio desesperado, y halló que el infame impostor, despues de haber engañado á muchas personas, y chupádolas su dinero, habia desaparecido de repente, sin saberse donde paraba.

V 2

ba,

ba, ni qué se había hecho de él. Esta relación, prosiguió Nuñez, fué para mí, y para mi buena Angélica el remedio eficaz y saludable, que curó radicalmente la locura de entrambos. A la verdad, yo no pude menos de sentir la pérdida de los cien doblones, pero acordándome de que este dinero no me había costado mas que dar las gracias al mercader, poco á poco me fuí consolando. Y viéndome en este desierto tan distante de México, que me había traído á esta gruta por casualidad, me sentí con una grandísima gana de entrar á verla, sin duda por un cierto presentimiento del corazón, de encontrar en ella alguna extraordinaria aventura, como efectivamente se verificó; pues para mí no puede haber otra mayor ni mas rara, que la de haberme hallado en un sitio tal con el mayor amigo que he tenido, que tengo, ni espero tener en este mundo.

CAPITULO XV.

De las conversaciones particulares que tuvieron Gil Blas y Fabricio, y como éste se despidió de aquel.

Me reí fuertemente, prosiguió Gil Blas, de la cre-

credulidad de Fabricio, y no pude menos de decirle lo mucho que me maravillaba de que un hombre de su despejo, y que había dado tantas pruebas de un entendimiento nada vulgar, se hubiese dexado engañar de un Charlatán, creyéndole unas cosas, que tenían tanto de irracionales, como de inverosímiles. Todo aquello que se desea con ansia, se cree con facilidad, me respondió Nuñez, y en verdad que no fuiste tú menos crédulo, ni mas prudente que yo, quando diste tanto crédito á las grandes mentiras que te encaxó aquel truhan petardista, que te sopló la cena en el meson de Peñafiel, ni mucho menos en Valladolid, quando la prima de Doña Mencía Mosquera hizo contigo el famoso cambio del anillo, que la había regalado su tío el Gobernador de las islas Filipinas. Pero yo en aquel tiempo (le repliqué) era muy mozo, sin experiencia del mundo, y por consiguiente sin obligación á saber distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mas dexemos á un lado nuestras juveniles ligerezas, y permíteme que te dé mil enorabuenas por tu feliz matrimonio. Hícele mis cumplimientos, celebrando mucho la decantada honestidad de su muger; pero al mismo tiempo haciendo conocer á uno y á otro, que la profesion del teatro era muy peligrosa para conservarse por largo tiempo ilesas entre los desórdenes que la acompañan. Estoy bien persuadido á eso, respondió Fabricio; pero á qué oficio nos hemos de